

Un lugar mágico del sur de Chile
Ian Alexander Chanquey Galindo

Hace mucho, allá por el 22 de mayo de 1928, nació en Isla Navarino, al sur de Chile, una niña yagan. Era de sangre pura y la representante de su cultura. La niña nació en este paisaje maravilloso, en una época en que el frío penetraba hasta los huesos, en una choza, donde justo ese día había un tremendo temporal de nieve y vientos del sur que corría a gran velocidad.

—Cristina le vamos a colocar, ¡Cristina se llamará, la cantora y amante de la naturaleza!— dijo la abuela Gertie.

La niña le cantarían al cielo y daría gracias a esta bella naturaleza. Al comenzar a caminar, todos los días recorría el paisaje, le hablaba a los árboles, animales y aves

—¡Gracias a todos ustedes por permitir expresarles mi felicidad y mi canto es para ustedes!

En respuesta la naturaleza hacía su magia, encendiendo sus destellos todos los días, que servían para alumbrar a las personas y al paisaje.

Sin embargo, un día se puso gris. Ese día no salieron los colores maravillosos del cielo, los pájaros no cantaron y los árboles no hablaban entre ellos. El hecho era triste. Cristina solo tenía la compañía de su hermana mayor Úrsula, el dolor embargaba el entorno; su padre don Juan había dejado de existir. Ese día Cristina no dio gracias a la naturaleza, de sus ojos salían lágrimas saladas y no fue lo mismo.

Al retomar su rutina de recorrer los campos, cantar y hablar y volver a ser feliz siempre les pedía a los árboles: ¡Sigán haciendo magia!, para que hagamos una fiesta al fin del mundo.

Transcurrido tres años, nuevamente amaneció gris. Definitivamente ella y su hermana habían quedado huérfanas, a la deriva. Su madre, doña Carmela Harban dejó de existir y ellas comenzaron a tomar sus propias responsabilidades.

Así fue pasando el tiempo, creciendo y conservando la cultura yagán, hablando en su lengua con los habitantes de esta hermosa tierra. Guardó las leyendas ancestrales de su pueblo y cada relato de sus vidas quedó plasmado en sus cantos y en los libros que escribió. Ella trató de sobrevivir para que su lengua y cultura se expandieran. Dejó un gran legado familiar, con nueve hijos, catorce

nietos y numerosos bisnietos. Algunos pobladores le decían por respeto y cariño “abuela” y ella alguna vez dijo: No soy la única, ni la última.

Porque su lengua y cultura no desaparecerán de la faz de la tierra.